

GACETA UNIVERSAL

HOJA LITERARIA

AÑO II.—DOMINGO 30 DE MARZO DE 1879.—NÚM. 38



Los campos y las ciudades.

El medio en que se vive influye más de lo que comúnmente se cree en el espíritu y el cuerpo. Cuando el habitante de las grandes ciudades, debilitado por un trabajo excesivo ó por larga y penosa enfermedad, quiere recobrar pronto y regularmente sus perdidas fuerzas, toma el ferrocarril y se establece en uno de esos pequeños pueblos creados de continuo por el aire fresco y sano del mar ó de las montañas que se levantan por todas partes en nuestro suelo.

Allí, dando al olvido las ordinarias tareas de su profesión y consagrado exclusivamente al cuidado de su salud, el enfermo siente llegar como una nueva primavera de su vida; su tez se colora, sus ojos se iluminan con los esplendores de la pasada juventud, sus músculos se vigorizan, y al mismo tiempo, y por un contraste inexplicable, su inteligencia pierde su rapidez y brillo casi tanto como el organismo ha ganado en vigor y salud. Cuantos, por necesidad ó inclinación, hayan pasado súbitamente de la agitada y bulliciosa vida de las ciudades á la tranquila y apacible de los campos, pueden dar testimonio, á poco que se hayan observado á sí mismos, de este desigual desarrollo, según el medio en que han vivido.

En el pueblo, al aire libre, en la soledad de los campos, el cuerpo, cuando no está herido por ninguna lesión orgánica, se fortifica, y el espíritu, faltó de estímulos, se embota; y, por el contrario, en las grandes ciudades, por el solo hecho de vivir en ellas, y de estar en medio de todas sus corrientes, el cuerpo se debilita y la inteligencia se exalta y vivifica.

Este es el hecho, y en él descansa esa constante oposición entre el carácter de la población rural y el de las ciudades, que es uno de los sucesos menos estudiados, y en nuestro sentir, más importantes de la historia. El régimen señorial nació en los campos, y desde entonces los unos y los otros parecen representar esa lucha que existe constantemente en el fondo de nuestra historia entre el elemento germánico y el elemento romano. La población rural se sometió resignadamente desde el primer día á aquel régimen que lo reducía todo á dos clases de personas: la primera libre, arrogante, fuerte, perezosa y rica, teniendo sobre sus feudos ó estados el derecho absoluto de administración y de justicia; la segunda, obligada al trabajo, á la obediencia y á una servidumbre que llegaba hasta los linderos de la antigua esclavitud.

Hubo un momento en la historia de Europa en que este fraccionamiento político, representado por el régimen señorial, estuvo á punto de acabar con todo resto de independencia; las ciudades en que se habían guarecido, huyendo de aquella terrible invasión, las antiguas franquicias del municipio romano flaquearon: la opresión del terruño llegó hasta ellas; pero como afortunadamente en ninguna parte de Europa se consumió por completo la ruina de aquellas hermosas instituciones municipales, la población urbana se aprestó á la resistencia, y entonces tuvo comienzo este ya largo y sangriento período de las revoluciones populares. Vencieron en esta porfía y fecunda lucha las ciudades; en todas ellas, á la larga ó á la corta, la libertad municipal quedó asegurada, y cuando esto aconteció, se vió que el espíritu de emancipación y de independencia salía por encima de las murallas de las villas fortificadas, se extendía poco á poco por los campos, llegando hasta las últimas aldeas, y preparaba ese grandioso acontecimiento de la fusión de todas las clases populares, que dió en tierra, y para siempre, con el régimen señorial de la Edad media.

Lo que sucedió entonces se repite ahora, aunque con distintos caracteres. La influencia de las ciudades sobre los campos es siempre progresiva, así como la acción de los campos sobre el organismo general del Estado es saludable por lo sensata y esencialmente conservadora. La historia ha formado una y otra clase, la urbana y la rural, como si quisiera que ambas representaran los dos elementos esenciales á todo progreso humano: la

idea y el hecho; el espíritu progresivo y el espíritu conservador. Qué ardimiento, qué desasosiego á veces tan insano y loco en las clases populares de las grandes ciudades; y, por el contrario, qué repulsió tan instintiva y pertinaz en las gentes de los campos á las ideas, generales y nuevas! La oposición entre el carácter de las unas y las otras es un suceso en que pocos fijan la atención, y que, sin embargo, tiene trascendencia extraordinaria en la vida social y política.

Nada, á primera vista, parece haber de común entre las clases agrícolas y las industriales de nuestras grandes ciudades. Santos de cuerpo, robustos, vigorosos y pacientes los habitantes de los campos, parecen identificarse por la inmovilidad de sus ideas y sentimientos con la naturaleza que les rodea, y en medio de la cual constantemente viven.

Todo en ellos recuerda el antiguo régimen señorial y germánico á que estuvieron hace siglos sometidos; individualistas intransigentes, no ven más propiedad que la de su campo, acotado y cerrado por todas partes, ni sienten otros afectos que los de su familia, ni comprenden otra vida que la que llevan, ni buscan más horizonte que el campanario de su iglesia. Trabajadores incansables en la sociedad de la naturaleza, sencillos, honrados, sobrios, económicos, pero profundamente egoístas, ni pueden comprender las ideas generales, ni experimentar jamás el dulce calor de los sentimientos generosos. La religión es la única cosa que mantiene en ellos cierta idealidad, y aun así la profesan más por ciega rutina que por pura devoción del alma. Y sin embargo, esta clase pasiva, como ninguna otra indiferente á todo lo que pasa por su alrededor, siempre que no le interesa directamente, falta de estímulo, y sin vuelo para salir jamás del campo que cultiva, ejerce con sus virtudes y sus defectos una influencia, casi siempre decisiva, en la suerte de toda organización social y política.

Es inútil fundar nada cuando se apoya en las ideas ó sentimientos de esta clase, que forma la inmensa mayoría de la Nación; la pasividad de tales gentes es un elemento de muerte que acaba con todo régimen que los ofende.

No se sublevarán, ni se insurreccionarán jamás sino por lo antiguo, como si quisieran dar á entender de esta suerte que todo progreso rápido les irrita y toda novedad en la organización social ó política les causa espanto. No hay en las sociedades modernas clase más sincera y profundamente conservadora que la agrícola, señaladamente allí donde la propiedad está muy subdividida; y así se explica que los partidarios del régimen antiguo empiecen á considerar en todas partes el sufragio universal con tanto ó mayor cariño que los avanzados, porque con él tienen la seguridad de hallar una huera universal, disciplinada y entusiasta en la inmensa mayoría de los habitantes de los campos.

Distinta, completamente distinta de esta clase de gentes, es la población de las grandes ciudades, singularmente de aquellas en que la industria, ábril se muestra próspera y activa. Así como el individualismo, si no ha nacido, se ha encarnado en la soledad de un campo acotado, así el socialismo ha encontrado su principal asiento en los talleres de la industria y en el recinto de las grandes poblaciones. La vida en común; el contraste de las condiciones y de las fortunas; la atmósfera saturada de ciertas ideas que se respira; la variedad extraordinaria de hechos que se suceden; la agitación, el movimiento, la febril actividad que todos y cada uno necesitan desplegar en esa lucha siempre incesante por la existencia, todas estas cosas reunidas ejercen una acción rápida y segura sobre la inteligencia y el sentimiento de los habitantes de las grandes ciudades. En los obreros, en las clases populares de las mismas, en las cuales la educación se desenvuelve únicamente según el medio en que viven, la influencia de la ciudad es siempre patente y se descubre enseguida.

Inquieto, desasosgado, rápido en comprender, más rápido todavía para la acción, el obrero de las grandes poblaciones parece que lleva en su ánimo y en su cuerpo la fiebre que se nota en el movimiento vertiginoso de estas últimas.

No se puede negar que los vicios del régimen económico hoy dominante, dejan en el alma del obrero, primera víctima de ellos, huella dolorosísima y profunda: el espectáculo de esa aristocracia rica, perezosa, materialmente feliz, engendra en ellos ideas extrañas y á veces sentimientos aviesos; pero en cambio, la energía por alcanzar una posición desahogada se desenvuelve en el espíritu del obrero con una vehemencia incalculable; el amor á la libertad y á la dignidad personal; el respeto á sí mismo y á las ideas, forman poco á poco la base del carácter; y como además de esto, el aislamiento en las grandes poblaciones es, no ya la miseria, sino la muerte, se busca la asociación, se piensa en la suerte de los demás con sólo pensar en la propia; y el círculo de los sentimientos generosos se ensancha al comprender en ellos la clase entera que sufre; la ciudad en que se vive; la nación de que se forma parte, y hasta la misma humanidad, cuya grandeza inmortal se adivina ó se presiente. Todas estas virtudes y todos estos defectos dan un sello especial á la clase obrera de nuestro tiempo, la cual, si es el centinela avanzado de las libertades públicas, es también, por falta de buen sentido, ó por exceso de idealidad, el campeon, muchas veces heroico, de todas las causas, por prematuras é indefinidas, verdaderamente temerarias.

Como se ve, la oposición entre unas y otras gentes, entre las de las ciudades y las de los campos, es un hecho universal y de gran influencia en la suerte de las sociedades humanas. Estudiando un poco atentamente la historia, se ve como un perpetuo y creciente movimiento de flujo y reflujo, en virtud del cual la población urbana trasmite á la población rural las ideas generales, los afectos, las garantías sociales y políticas que se van elaborando lentamente en el tiempo; y esta última, en cambio, envía á la otra, por una acción menos ruidosa, pero igualmente cierta, una fuerza saludable de oposición á todo cambio demasiado radical y á toda novedad no justificada. Una y otra cometen á veces excesos; pero siempre en dirección de la peculiar tendencia de cada cual. En los días de agitación, las ciudades se declaran en cantón, y los campos se sublevarán en defensa del antiguo régimen, realizando de esta suerte, por exceso de idealidad en los unos y por falta completa de ella en los otros, algo que se parece á ese perpetuo antagonismo de carácter que dió base á las dos grandes creaciones del poema inmortal de Cervantes.

En esta lucha, la historia lo dice, la victoria ha pertenecido siempre á las ciudades. La influencia del ejemplo y el contagio de las ideas serán en lo sucesivo, como han sido hasta aquí, los dos grandes medios que tendrá la población urbana para transformar el espíritu de la gente de los campos.

En la Edad media, cuando la revolución municipal se rechazó por completo en las ciudades, se vió que los campos ardían bajo el fuego de aquellas ideas. Sublevaronse hasta los últimos campesinos, invocaron el sentimiento de la igualdad original, pidieron la extensión de todos los servicios señoriales que les eran onerosos, y no abandonaron su resistencia hasta que la fusión entre todo el estado llano quedó hecha.

Esperemos todos tranquilamente el resultado de esta acción que, por recíproca, es doblemente fecunda. Algunos se alarman al ver el movimiento creciente de la población rural en busca de las ciudades, sin reparar que acaso esto contribuye, y no poco, á la justa ponderación entre esas dos grandes fuerzas que obran en el organismo de toda la sociedad humana. El equilibrio se establece por sí mismo; las ciudades transmiten á los campos oleadas de nuevas ideas; los campos anuncian á las ciudades lo que hay de vivo en lo antiguo, y de esta suerte el progreso se realiza, las sociedades se renuevan, y queda consumada la comunión de todos los hombres en el derecho y la justicia.

J. F. G.

A Compañía.

Hé aquí una de las creencias populares que en las aldeas del pintoresco valle de la Ulla Alta, como en toda Galicia, ha

dado origen á más cuentos y narraciones en las veladas de Invierno pasadas en derredor del hogar, mientras se ve chisporrotear la llama que prende y se apaga momentáneamente, para aparecer de nuevo, primero tímida y azulada, y luego viva y roja entre unas cuantas débiles ramas secas y tres ó cuatro piñas que sostienen el rescoldo ó brasa; alumbrada la escena de un modo más permanente, por la dudosa y débil claridad de un candelillo constantemente atizado por el ama de la casa, y en tanto se despachan, á manera de postre, unas cuantas docenas de castañas que á aquel fuego se han cocido en el negruzco pote.

Hace algunos años que en una de estas veladas, apartado ó pote da tarreira, colocado en medio de la concurrencia y comenzado el ataque al sabroso fruto, se empezó á hablar de lo que solía pasarle al desgraciado que por cualquier motivo tenía que atravesar á altas horas de la noche por cerca de la iglesia, y por consiguiente, del cementerio situado delante de la misma. Entonces fué cuando tuve noticia de la Compañía y supe como el tropezar con ella era causa de sustos, golpes y otros males que propinaba con galantería exquisita, pues hacía el singular ofrecimiento de atormentar á su víctima según su elección.

Siempre la escena era parecida, pero siempre cambiaban el actor, el lugar y la fecha, nunca reciente, sino remota.

El aducir tantos casos y sucesos como prueba evidente de la existencia del fenómeno, visto de lejos varias veces por todos los allí presentes, como el oír nombrar continuamente la Compañía, me decidió á preguntar al amo de la casa.—Dí, Segundo, ¿qué es la Compañía?—Señorito, me contestó admirado de mi ignorancia, son *los huesos de difunto, que leván encendidos por lo aire*.—¿Y son esos huesos los que hacen tales ofrecimientos?—repliqué.—*Non, señor, os que os leván*.—Pero ¿quién los lleva?—Entonces volvió á aparecer el enigma con la misma palabra: *A Compañía*.

No quise insistir; me limité á escuchar aquellas relaciones sobre la terrible aparición, y pude por lo tanto, y gracias á ellas, explicarme de un modo algo satisfactorio lo que creían aquellas sencillas gentes que era la Compañía. Ocurría que en ciertos días alrededor de la iglesia se veían vagar varias luces azuladas que se movían casi todas en una misma dirección, que iban y venían, aparecían y desaparecían, como si buscasen y persiguiesen con gran empeño al perturbador de los solemnidades de aquella inverosímil congregación.

Los seres especialísimos que la componen, porque es harto numerosa, son invisibles, pero perfectamente sensibles, cogen, levantan á la víctima, la arrastran, y lo que es todavía más singular, ésta oye clara y distintamente las palabras que le dirigen con arreglo al misterioso ritual de aquella temible comunidad.

El aire vivo y penetrante de los meses de Oño, los zarzales espesos y caprichosos, pintoresca colgadura del estrecho camino llamado *corredoira*, los arroyuelos murmuradores que riegan los verdes prados, las limpidas fuenteceilas que brotan cercanas á la vivienda del campesino, el corpulento castaño, el alto roble de recordada hoja, el espino silvestre, bello adorno de la Primavera, todos los objetos, en fin, que contribuyen á la mayor belleza de aquellos lugares y á la mayor comodidad de sus habitantes, parece como que en la ocasión de un encuentro con la misteriosa aparición se tornan en otros tantos instrumentos de suplicio y tormento para aquel que cae bajo su terrible poder.

El pasajero desgraciado que en tales noches llega á ver aquellas misteriosas luces reveladoras, tiembla sobrecojido, ¿cómo no? Si echa á andar, le siguen; si corre, corren también; si se detiene fatigado, también junto á él se paran, aunque para danzar enseguida á su alrededor. De repente una mano invisible le empuja y cae, quien le quita el sombrero, quien le coge por la ropa, haciendo presa en él sin que ya le sea posible desasirse de tan terribles enemigos. Entonces es cuando llega el capítulo de los ofrecimientos. ¿Qué elemento es el que elige? El aire, el agua, la tierra! Al fuego jamás le mientan; á él pertenecen, sin duda, y sin duda también sólo

una autoridad suprema y todopoderosa puede condenar á él por las faltas que no han tenido arrepentimiento en este mundo.

En medio de la larga procesion que forman los seres que componen la espantable Compañía y conducido por ella va un ataúd, en el que es colocada la víctima para ser llevada al tormento que eligió en aquella noche fatal; bien ha sentido el ruido que su mismo cuerpo produjo al caer dentro del escano (1), y desde aquel momento, desvanecido y aterrado bajo el peso de la terrible prueba, apenas sabe qué tormento ha elegido, ni por dónde es llevado. Unas veces la cabeza inclinada hacia la tierra, parece que la sueltan y que siente cómo se precipita en un abismo sin fondo, cuando de repente y con la velocidad que imprime la fuerte ráfaga de viento á la cometa, se siente trasportado hasta el cielo con velocidad vertiginosa; otras, como si aquello fuese un juego para los fantasmas, siente que el ataúd sirve de columpio colocado en perfecto equilibrio sobre la secular rama de corpulento árbol, la sangre se agolpa á sus sienes y apenas comprende las angustias que sufre; tal es el paroxismo á que ha llegado en aquella especie de vértigo producido por las continuas vueltas que su cuerpo da. Siente cómo las ramas azotan su rostro, cómo las espinas traspasan sus carnes y cómo se desgarran sus ropas; ya con espantable zumbido en los oídos le arrojan en la presa de un molino, ya le arrastran por pantanosos terrenos, hasta que por último, siempre estrechamente abrazado y sin poder hacer un solo movimiento, es arrojado con poderosa fuerza sobre un ribazo ó dentro de la zanja del camino.

El aire se agita á su alrededor y oye, atemorizado, rumor de pasos, crujir de huesos y el reclinar de las maderas del ataúd, que ha sido volcado, mientras siente en su rostro el roce de las luengas vestiduras de los espectros que van desfilando á su alrededor, y apenas se atreve á mirar en la oscuridad que le rodea á la terrible falange que por fin le abandona y cuyas luces se van apagando por momentos á lo lejos.

Una claridad incierta que aumenta de momento en momento, una frialdad que seca de repente su copioso sudor, el evidente temblor de sus miembros y lo mejor definido de las sensaciones que entonces experimenta, le dan á entender que ya ha cesado la causa que daba lugar al espantoso tormento que ha sufrido. Una oración, una invocación devota es lo primero que acude á sus labios, y después, con espantados ojos, temiendo todavía que se reproduzcan las pesadas estupefactas escenas de que ha sido víctima, trata de reconocer el sitio en donde se encuentra; y hay que confesar que en este punto no suelen aquellos seres extraordinarios portarse mal, pues con verdadera sorpresa suya, ó se halla en el mismo lugar en que le sorprendió la aparición misteriosa, ó entredado entre zarzas, lastimado y hecha jirones, su ropa se halla en una ladera del camino que en aquella misma noche iba á recorrer, ó bien mojado y estropeado se encuentra delante de su misma casa con los pies metidos en el charco que, debajo del grueso castaño de la esquina saliente de su era, tiene hecho para reblandecer y adobar el tojo que, mezclado con arena, le ha de servir de abono para sus tierras.

La memoria de nuestros campesinos es acaso una de las más cultivadas de sus facultades, y ésta les hace continuamente recordar la imagen de aquellos que, muertos hoy, con ellos han vivido. Ellos les quieren y les recuerdan después de mucho tiempo, y se interesan todavía por su bienestar y felicidad; así es larguísimo siempre el número de respuestas que por las almas que han dejado de existir se dicen antes de dar comienzo á las misas parroquiales.

Las ánimas, como ellos llaman á las almas de aquellos que purgan sus pecados en el lugar que les está destinado, es una de las cosas que más les preocupan; á ellas es á quienes atribuyen este género de procesiones, y para que cesen es preciso que los vivos se afanen en proporcionarles por los medios que están á su alcance

(1) Llámase así en las parroquias rurales de este país el ataúd propio de cada una de aquellas iglesias, en el que son conducidos los pobres que no tienen caja en donde ser enterrados.

descanso y felicidad. Cuando en una comarca se descuidan estos deberes, es cuando se ve afligida por la calamidad que hemos tratado de describir.

Hoy en día ya no suele, sin embargo, sorprender a nadie esta larga procesion de almas en pena que es causa de los quebrantos que experimenta el desgraciado que la encuentra; débese esto á la construcción de la capilla de las Ánimas en Santiago. Construida aquella, ocupándose el culto que en ella se da á procurar por medio de oraciones el descanso eterno de los que llevan algo que purgar, y contribuyendo los fieles como es debido á este fin, apenas se hace preciso que aquellas salgan á reclamar de los vivos el cumplimiento de tan sagrados deberes; mas cuando éstos son olvidados, las luces de los cementerios anuncian que muchos desgraciados penan sin que haya quien de ellos se acuerde como es debido, entonces es cuando el desventurado que pasa cerca de sus sepulturas debe convertirse en mensajero de sus desgracias, y por medio de cualquiera de los que se llamaron elementos, el aire, el agua ó la tierra, recordar que hay quienes padecen de un modo mucho más cruel entre los horrores del cuarto, el fuego.

E. SOBRINO.

El sello de correos.

El sello de correos es una idea sencillísima y nada complicada, que ha producido resultados prodigiosos en las relaciones de todos los pueblos civilizados, proporcionando al mismo tiempo á los gobiernos sumas tan importantes como imprevistas.

El sello de correos no lo inventó, como creen algunos, Rowland-Hill, que fué nombrado baron y caballero de la orden del Baño por la reina Victoria, que disfruta una pensión de 50.000 francos anuales, que recibió del comercio inglés la suma de 350.000 francos en testimonio de gratitud por los servicios que había prestado, y del Parlamento la cantidad de 500.000 por el mismo concepto, y á quien hace pocos días la ciudad de Londres le entregó el diploma de ciudadanía en un momento en una magnífica caja de oro, como cuando se otorgó la misma distinción al príncipe de Gales.

En 1840 fué cuando Rowland-Hill propuso la reforma postal, que fué objeto de la más encarnizada oposición.

El interventor general de Correos, marqués de Ellenborough, contestó á la reina Victoria, al recomendarle ésta que ensayase el nuevo sistema, «que de todos los proyectos que le habían sido propuestos, el más absurdo era el del sello único expedito á un precio económico».

Tan sólo á instancias de la reina se ensayó el sistema por la administración, con insigne mala fe por cierto. No obstante, el resultado fué sorprendente é irresistible, sobrepujando á todas las previsiones y cálculos, y dando al Tesoro incalculables recursos con los cuales no había podido contar jamás.

Y sin embargo no fué Rowland-Hill el inventor del sello, pues tan sólo tuvo el mérito de aplicar y propagar su adopción.

Quien tuvo la primera idea del invento fué un tapicero llamado Roberto Murray, que vivió en tiempo de Carlos II. Dicho industrial lo puso en práctica por medio de mensajeros particulares, y llegó á establecer en la Cité un despacho con esta inscripción: «Aquí se reciben y se llevan cartas por un penny». Mas el duque de York, hermano del rey, que había obtenido el privilegio y el monopolio de los correos, hizo perseguir al innovador por los tribunales reales, que profirieron una sentencia favorable á los deseos y pretensiones de la Corona.

Este es el único privilegio que el gobierno ha conservado, de los 500 que había en tiempo de Jacobo I. Semejante monopolio tiene su razón de ser, porque ninguna compañía particular podría prestar ese importante servicio con tanta rapidez, exactitud, fidelidad y garantía como el Estado.

Es innegable que los inventos tienen trazado su destino, habent sua fata, puesto que necesitan circunstancias favorables de germinación y de desarrollo para poder desenvolverse y prosperar de un modo conveniente.

¡Cuántas invenciones sencillas, útiles é incontestables perecen y abortan miserablemente!

Existen otras que se desvanecen desde luego, permaneciendo olvidadas durante algunos siglos, y al fin, el día menos pensado, un rayo de luz providencial las reanima y las rescata. Una voluntad enérgica las recoge entonces, las protege, las examina y les da una existencia impercedera.

gica las recoge entonces, las protege, las examina y les da una existencia impercedera.

Tal ha sido la suerte del sello de correos, que ha asegurado á Rowland-Hill, al término de su larga carrera, emprendida hace más de ochenta años, el reconocimiento de sus compatriotas y de todas las naciones del mundo civilizado.

O. L.

La cuestión de los vinos.

Nuestro ilustrado colega Los Debates publicó anoche una interesante correspondencia de París extractando el informe que ha emitido el ponente de la comisión del Congreso agrícola que se celebra en aquella capital, M. Teissonniere, en la parte que se refiere á las secciones segunda y tercera del mismo Congreso.

De esta última, que comprende la viticultura y sus productos, dice así:

«Es, según M. Teissonniere, la parte de la agricultura francesa que atraviesa en estos momentos la crisis más dolorosa que jamás se haya conocido, habiendo producido ya que una parte importante de los departamentos, cuya riqueza era la viña, se haya visto obligada por la filoxera á reemplazarla por otros cultivos. Desde 1868, los descubrimientos y las aplicaciones de remedios aconsejados por la ciencia son ineficaces, y sin embargo, desde 1870 los recursos que el Tesoro público se ha creado con los aumentos de toda especie de impuestos á los productos vinícolas, hacen la conservación de estos preciosos líquidos aún más necesaria. Por esto no debemos, dice el ponente, dejarnos llevar del desaliento: examinemos los puntos que se refieren á la exportación de los vinos, como si nuestra sola preocupación fuese la de exportar la parte del producto que no consumimos; y puesto que la plaga de que tratamos nos deja todavía los productos de un poco más de la tercera parte á que ascienden las recolecciones del mundo entero, hagámonos lo posible por introducir en las tarifas de los tratados que han de revisarse las condiciones más favorables á nuestra exportación.»

El régimen bajo el cual vivimos, añade M. Teissonniere, está basado en el decreto de 24 de Noviembre de 1854, que fué motivado por la pérdida de las recolecciones causada por el oidium; antes de esta época el vino pagaba por entrar en Francia 110 francos el hectolitro; este derecho se redujo á 25 céntimos por hectolitro, es decir, á un derecho de balanza.

El oidium ha desaparecido: la abundancia ha vuelto, y Francia ha resistido á la concurrencia de los demás países productores durante mucho tiempo. Los diversos tratados hechos con las naciones del Continente no tiene ninguno en sus tarifas nada que se parezca á la reciprocidad, y mientras que Francia recibe los productos vinícolas del mundo entero á 25 céntimos el hectolitro, exceptuando los de España, Rusia y América, hé aquí lo que piden las otras naciones para admitir los vinos franceses:

- Inglaterra, hasta 14°, 27 francos 50 céntimos el hectolitro; menor de 24°, 68 francos 76 céntimos.
- Austria, 20 francos los 10 kilos.
- Bélgica, 50 francos hectolitro, con un recargo de sisa de 22 francos 50 céntimos.
- España, 54 francos el hectolitro.
- Alemania, 20 francos los 100 kilos.
- Grecia, 70 francos 30 céntimos, idem idem id.
- Italia, 5 francos 77 céntimos, id. id. id.
- Noruega, 0 francos 32 céntimos el kilo.
- Países-Bajos, 42 francos 40 céntimos el hectolitro, con un recargo de sisa de 25 francos 44 céntimos.
- Portugal, 31 francos 20 céntimos hectolitro.
- Rusia, 56 francos 16 céntimos los 100 kilos.
- Suiza, 3 francos.
- Turquía, 8 francos por cada 100 francos de valor.
- Estados-Unidos, 31 francos 9 céntimos doce botellas superior; 8 francos 29 céntimos ordinario, y 54 francos 74 céntimos el hectolitro.

Estos datos sirven, según M. Teissonniere, para probar lo léjos que se encuentra Francia de la reciprocidad, que es su principio: ésta no teme la concurrencia con los países productores, siempre y cuando sean iguales las condiciones.

Desgraciadamente, dice, los más grandes obstáculos para el desarrollo de la exportación se encuentran en la legislación del país; así es que mientras la libertad más completa es la norma de las demás naciones para la preparación de los vinos que destinan á la exportación, los produc-

tos franceses, cada operación que tienen que hacer á sus vinos, debe estar precedida de una declaración y de una constatación por los agentes fiscales.

Per esto los mostos destinados á conservar los licores que deben recibir la cantidad de alcohol necesario para detener la fermentación, requieren que esta operación se repita á pequeñas dosis, y á medida que el movimiento de fermentación se produce, que es el sistema que se usa en Italia, España y Grecia; pero como en Francia el impuesto sobre el alcohol es de 156'60, y su empleo bajo este derecho haría imposible la exportación, la ley lo ha dejado libre; pero á condición de que los agentes del fisco den un descargo del que se emplea para este objeto.

Pero como para conseguirlo es necesario que los agentes presencien la operación, en vez de hacer ésta como ya se ha dicho, que es la manera de conservar el mosto su delicadeza y el gusto del fruto, hay que hacerlo en una sola vez, desnaturalizando completamente el producto y colocando á los productores en condiciones de inferioridad respecto al consumidor; de aquí el que un gran número de vinateros vayan todos los años á hacer sus operaciones de *mutage* al extranjero, á ménos que encuentren en casa de un productor un alambique. Por esto, los agricultores piden, hace ya muchos años, *le vinage* á precios reducidos.

Fundada en estas razones, la sección tercera ha aprobado, de acuerdo con la comisión sobre los tratados comerciales, la conclusión siguiente:

- 1.º Pedir la reducción á 20 francos del derecho que se perciba sobre el alcohol que se emplea en el *vinage*.
- 2.º Pedir que la reciprocidad sea la base de los tratados que se negocien.
- 3.º Que se tenga en cuenta en las negociaciones las condiciones económicas interiores de cada país.

Como usted comprenderá, señor director, España se encuentra muy interesada en las decisiones que han tomado las secciones segunda y tercera, por lo que pueda afectarle, sobre todo, en sus productos vinícolas, si el gobierno francés las tiene en cuenta, como es lo probable, al efectuar los tratados con los otros países, pues aceptado este principio, bajo ese mismo se trataría el día de la renovación con España.

Como me propongo tocar esta cuestión, así como las que pueden interesar á nuestra patria, en las cartas finales de esta correspondencia, seguiré otro día dando á conocer las conclusiones de las demás secciones.

Queda de usted atento S. S. Q. B. S. M. G. DE LA A.

Variedades.

Una monada en París.

M. Goudron, que así se llamaba el héroe de la trágica aventura que voy á referir á mis lectores, era un célibe entrado en años, el cual había atravesado tranquilamente durante su juventud el borrascoso mar de las pasiones humanas, sin que su corazón se dejase llevar por ninguna de las peligrosas corrientes que le surcan, sin que tropezase en ninguno de los temibles escollos que le erizan.

Porque Dios había dotado á M. Goudron (Alquitran) de un temperamento que era la antítesis de su apellido.

Ni la ambición, ni el juego, ni el afán de gloria, ninguna, en fin, de esas violentas pasiones, ya nobles, ya bastardas, que incendian el alma de los pobres humanos, en la edad en que la sangre hierve en las venas, habían conseguido transmitir una chispa de su violento fuego al corazón de M. Alquitran.

¿Ninguna le dicho? ¡Ay, no! El amor, ese infame ceguezuelo que trae revuelto al mundo y en agitación continua á los hijos de Adán, había tocado con sus alas el alma de M. Goudron y clavado en su pecho una de sus más aceras viras.

M. Goudron amaba, y amaba con pasión, con delirio, con frenesí, con amor inextinguible que debía conducirle al sepulcro y...

Pero no precipitemos los acontecimientos.

El amor de M. Goudron resumió en sí todas las demás pasiones.

Era inmenso como el espacio. Puro como una gota de rocío llorada por la aurora entre los pétalos de un nardo.

M. Goudron vivía para amar. Y su vida era un deleite no interrumpido.

Porque en el trasparente y sabroso néctar de la copa de sus amores nunca derramaron los celos la más mínima gota de su ponzoñoso hiel.

No; el amor de M. Goudron era un lago sereno, cuya tranquila superficie no agitaban jamás los huracanes de la mentira.

Su barca se deslizaba por él al blando arrullo de céfiro perfumados.

Y sin embargo, ¡naufragó!... Naufragó como naufragan todas las barcas de este pícaro mundo.

El amor de M. Goudron era platónico. Idólatra. Casi religioso.

Pero ¿quién era la feliz mortal que había logrado inspirarle? ¿Qué angélica mujer había encendido en su corazón esa purísima llama?

¿Una mujer?... ¡Ay! ¡Ustedes no conocieron á M. Goudron, cuando me hacen semejante pregunta!

¡Mujeres! La mejor de entre ellas no vale la centésima parte de los tormentos que ocasiona. Tal era, por lo ménos, el concepto que merecían á M. Goudron.

¡No! Nuestro héroe no amaba á ninguna mujer.

El amor se había introducido en su pecho bajo la forma de un mirlo. M. Goudron amaba á las aves, á esas hijas del viento y de la luz que esmaltan la azul esfera con sus vistosas plumas, que arrullan á los hombres con los arrobadores trinos de sus inimitables conciertos.

El domicilio de M. Goudron era una *menagerie*, un *menagerie* de jaulas de diferentes formas y tamaños, entre cuyos alambres se veían, desde el amarillo canario hasta el rojo cardenal; desde el ceniciento malvis, con voz de sochantre, hasta el matizado jilguero; desde el microcéptico y gracioso colibrí, hasta la tórtola de tristísimo gemido.

M. Goudron pasaba las horas muertas arreglando comedores, poniendo pedazos de azúcar entre los alambres y distribuyendo á sus queridos pájaros cucuruchos de alpiste y tiernísimas caricias. Otras veces se tumbaba en una butaca, y después de una contemplación que rayaba en beatitud, se dormía con el sueño de los justos arrullado por las arias, los coros y las cavatinas de sus ciento cincuenta y ocho cantores.

Su pajarera era su tesoro. Ningun alma viviente, ni aun la portera encargada de arreglarle el cuarto, había puesto en ella los pies.

Siempre que M. Goudron salía, cerraba la puerta con el mismo cuidado que un avaro la del arcon donde guarda sus tesoros.

Al volver, su primera visita, antes de quitarse el sombrero, era para el gabinete de sus jaulas.

¿Quién hubiera dicho hace un año que tan inocente pasión conduciría á M. Goudron al lastimoso estado en que le encontraron sus vecinos en la tarde del 13 del corriente mes?

M. Goudron había salido ese día á evacuar algunas diligencias, llevándose en el bolsillo la llave de su tesoro.

Al entrar en su cuarto, á eso de las tres, le sorprendió el fúnebre silencio de sus cantores, los cuales saludaban ordinariamente su vuelta con estrépitosos gorjeos.

Esta circunstancia le inquietó un poco.

Examinó la puerta de la pajarera, por si algún profano se había atrevido á forzarla durante su ausencia.

Pero la puerta se hallaba intacta.

Metió la llave en la cerradura, cada vez más inquieto por el profundo silencio de sus educandos, penetró en el gabinete y...

¡Gran Dios! ¡Qué espectáculo se ofreció á su vista!

La pajarera era un campo de Agramante.

Jaulas volcadas, alambres retorcidos, portezuelas arrancadas, cadáveres sangrientos y medio desplumados; aquí un mirlo sin cabeza, allá un ruiseñor con un ala menos, más léjos una tórtola bañada en un mar de sangre junto á un canario hecho jirón. Tal fué la escena que se ofreció á sus atónitos ojos.

M. Goudron permaneció diez minutos bajo el dintel de la puerta, inmóvil, estupefacto, anonadado, convertido en estatua de sal.

Después, dos gruesas lágrimas rodaron en silencio por sus mejillas...

—Pero ¿quién ha entrado aquí, por dónde?—exclamó con voz de trueno, llevándose las manos á la cabeza.

Y volvió á examinar la puerta.

Mas la puerta no ofrecía el menor indicio de haber sido violentada.

Y sin embargo, de sus ciento cincuenta y ocho pájaros no quedaban sino algunos despojos palpitantes.

M. Goudron echó en torno de sí una mirada terrible.

Su cabeza se desvanecía.

¿Cómo habían penetrado en la pajarera? M. Goudron se dió un golpe en la frente, y rápido como el pensamiento, se abalanzó hacia una ventana abierta en la pared oriental del gabinete, la cual daba sobre el tejado de la casa vecina.

Entonces vió, sentado en el emballete cerca de la chimenea, y entretenido en desplumar su infeliz jilguero, á un mono de respetable talla, perteneciente á cierto médico americano que vivía en la casa contigua.

Verle, dirigirse como un rayo hacia el rincón de su alcoba donde descansaba su escopeta de dos tiros,ogerla con mano convulsiva, volver á la ventana y echar á rodar de un balazo al infame autor de su infortunio, fué para M. Goudron obra de un instante.

Luégo retrocedió al centro de la pajarera.

Volvió y revolvió sus extraviados ojos en todos sentidos, y al ver transformado en horrible hecatombe aquel eden, donde de tantos y tan puros placeres había gozado, aplicó el otro cañón á su frente y se saltó la tapa de los sesos.

Cuando los vecinos acudieron á la doble detonación, M. Alquitran había dejado de existir.

Leemos en la *Gazetta d'Italia*...

«Más detalles acerca de la *Estudiantina española* recibida, en el Quirinal por Sus Majestades.

Desde la embajada de España se dirigieron los jóvenes, por las calles de Due Macelli, Stamperia, plaza de Trevi y calle de la Dateria, al Palacio Real, donde fueron recibidos á los ocho por Sus Majestades y muchos invitados. Es inútil decir que todos iban vestidos con sus trajes característicos, llevando en el ojal una hermosa margarita, como homenaje á nuestra reina. Seis fueron las piezas de música que ejecutaron los españoles, empezando y acabando con nuestra *Marcha real*; cantaron también una canción, que fué extraordinariamente aplaudida. Cuando terminaron recibieron elogios de todos los presentes; la reina y el príncipe manifestaron deseo de tener en su mano y tocar las pequeñas panderetas, y el rey dió al presidente D. Laureano Rojo que había agradecido mucho el homenaje que le presentaban los jóvenes españoles, pues existen vivas relaciones de amistad y simpatía entre España é Italia; añadió que conservaría gratísimo recuerdo de aquella noche, y no ocultó su asombro al ver que, apesar de ser jóvenes y estudiantes, tocaban los instrumentos con tanta maestría.

Al expresar S. M. estos elogios al presidente de la estudiantina, se dignó pedirle cien billetes para el concierto que aquella piensa dar.

El príncipe Amadeo, allí presente, estrechó la mano de algunos estudiantes dirigiéndoles frases sumamente cariñosas.

Al salir de Palacio tocaron de nuevo la *Marcha real*, recorriendo el Corso y dirigiéndose á la calle de Monserrato al compás de nuestra *Marcha*, aplaudidos por una muchedumbre que gritaba: «Viva España, viva Italia!» Desde allí se trasladaron al Instituto filodramático romano, que había preparado en honor suyo una reunión.

Dicen de Bélgica que, con referencia á las misiones africanas, se han recibido muy buenas noticias de la caravana dirigida por el R. P. Croonenberghs.

Después de una parada forzosa, ocasionada por un accidente en la máquina del Durban,—en la isla de la Ascension, la caravana llegó felizmente el 3 de Marzo al cabo de Buena-Esperanza, y el 6 á Graham, sitio del desembarque. La salud de todos los miembros de la misión es excelente.

Afirma la *Gaceta de Colonia* que la población civil de Metz, que era en 1869 de 48.325 habitantes, no pasa hoy de 39.633. La guarnición francesa era de 9.000 hombres, y la alemana asciende actualmente al número de 17.000.

Por iniciativa de la *Sociedad holandesa de Agricultura*, se ha decidido celebrar en el Haya una Exposición internacional de caballos, que se inaugurará en 1881. Los gastos están calculados en más de 100.000 francos.